cipitará al esfinge en el abismo. Sus labios jamás se permiten la menor palabra acerca de la naturaleza y de los atributos de Dios temiendo humillarle hasta la talla del hombre, y prefiere dejarle en una oscuridad que se disipará en otra parte y que nada le quita de su sublime majestad; adora al *Dios desconocido*, al *Dios oculto*, y cree que el mejor culto es la fé, la resignacion y la caridad. A pesar de estimar en poco las cosas terrestres, abre su corazon á las inclinaciones naturales y al mismo tiempo que rechaza los afectos interesados, da libre campo á las afecciones generosas, no avergonzándose de amar á los hombres, á sus parientes, á sus hijos y á su esposa, ternura á que no da el nombre de debilidad humana, pues no ignora que el amor es el mas bello carácter de la humanidad. Si es víctima de alguna accion injusta, recuerda que el egoismo está en la naturaleza del hombre; perdona y no maldice; nunca pide que los demás se sacrifiquen por él y está siempre pronto á sacrificarse por los demás, y finalmente cuando desgarra su corazon la pérdida de un objeto amado, se resigna y espera, pues léjos de encerrarse en el momento presente, abarca con su mirada toda la eternidad.

Esta disposicion del alma debe fomentarse nutriendo el corazon de los niños con aquellas verdades que recibidas por el general buen sentido, forman como el diario alimento de la vida intelectual; Descartes en Francia, Leibnitz en Alemania, Clarke en Inglaterra y Reid en Escocia, opinan de un mismo modo acerca de la distincion del alma y del cuerpo, de la existencia de Dios, de sus principales atributos y del natural conocimiento del bien y del mal, constituyendo aquellos grandes genios como una misma nacion de análogos pensamientos y lenguaje. El Estado no puede permitir que decaiga la enseñanza de esas verdades de todas las épocas y de todos los lugares, y debe encargar á la filosofía su conservacion y propagacion.

Desde que no existe religion dominante se ha acusado al Estado de ateismo, sin ver que el ateismo consiste en la persecucion de todos los cultos, no en la proteccion de las distintas religiones; profesar las verdades religiosas comunes á todas, es la religion mas sublime, mas universal ó la mas católica en el sentido etimológico de la palabra: el Estado no puede renunciar á los principios de la religion natural, así como no le es dable abjurar los de la moral; así como no permite que se predique el robo, el incesto, el adulterio ó el asesinato, tampoco puede tolerar que se predique el ateismo, y del mismo modo que no puede ser inicuo no puede ser ateo: no hay dia que no apele á la creencia en Dios y á la conciencia pública, ya por los juramentos que exige, ya en sus relaciones con los demás pueblos, ya al escribir una nueva constitucion encabezada con estas palabras: «En presencia de Dios!» El Estado pues debe hacer enseñar en su nombre los principios de la moral y de la religion universal.

CAPITULO III.

LA INSTRUCCION.

§ 1. De las ciencias y de las artes, y de la paradoja de Rousseau sobre este punto. — § 2. Del Teatro.

§ 1. *De las ciencias y de las artes, y de la paradoja de Rousseau sobre este punto.*

Las ciencias y las artes satisfacen las mas nobles aspiraciones del hombre, las que le impulsan hácia la belleza inteligible ó la verdad y hácia la belleza sensible ó sea la belleza propiamente dicha; desviándole de los placeres groseros, purifican sus costumbres y por mas que se diga no pasa de ser un error, el que sea la ignorancia la salvaguardia de la honradez. Esto no obstante Rousseau prestó el apoyo de su elocuencia á semejante paradoja, y ni siquiera hablaríamos de aquella especie de justa intelectual en que quiso ejercitarse Juan Jacobo para llamar la atencion de una academia, si su tésis no se hubiese convertido en la de los eternos enemigos del progreso de las luces. Hé aquí las principales razones que toman de un hombre que les dió armas sin saberlo ni creerlo:

«Antes de ser civilizados por la ciencia y las artes, los hombres no valian quizás mas que ahora, pero se mostraban tales como eran, con las virtudes y los vicios de que les dotara la naturaleza; distinguíanse mas fácilmente unos de otros y no se observaba entonces la uniforme semejanza, que hace especialmente en una capital, hablar y obrar á los hombres de un mismo modo, sin que puedan conocerse las profundas diferencias que

les caracterizan. El salvaje sorprende por la rudeza de sus palabras y acciones, pero si injuria á la Divinidad, carece de arte para blasfemar con dichos encubiertos como los filósofos de nuestros dias; si el salvaje es orgulloso, si sus espresiones son una jactancia exagerada y ridícula, no murmura de sus semejantes; si abriga odios violentos, profesa amistades mas vivas y apasionadas: finalmente si es ignorante, desconoce los tormentos del escepticismo. Añádase á esto que en todos tiempos los pueblos ignorantes han triunfado de los pueblos ilustrados; la cultura del espíritu debilita la fuerza y el valor.»

Si examinamos uno despues de otro los argumentos de Juan Jacobo contra las ciencias y las artes, hallaremos que ha trazado un cuadro imaginario del estado salvaje; la violencia reconocida por Rousseau como el rasgo característico de la vida bárbara, la rudeza, el ódio, la venganza implacable no escluyen los vicios que atribuye esclusivamente á la civilizacion ó sea al cultivo de las ciencias y de las artes: el salvaje, aunque arrebatado, no deja de ser, cuando las circunstancias lo exigen, disimulado y astuto; sabe mentir y adular, solo que la astucia tiene en él cierta ferocidad; atrae á su enemigo con palabras engañosas y le da muerte. La vida salvaje tiene sus Ulises lo mismo que sus Aquiles, y los bárbaros, sin ser menos falsos que los hombres civilizados, son mucho mas violentos.

Tienen además deseo de saber y amor á las artes que satisfacen como pueden, tan inherente es á la naturaleza humana el amor de lo bello; si Rousseau hubiese contemplado á los pueblos que enaltecia sin conocerles, habria visto en ellos por una parte una curiosidad por las cosas desconocidas y estraordinarias, una necesidad de saber, principio de la ciencia, y por otra, ensayos de poesía, de canto, de baile, y hasta de farsas escénicas y de representaciones teatrales: el gusto de la regularidad y del ritmo se hace sentir en los salvajes lo mismo que en nuestros niños aun antes de su primera educacion; cuando los infantes prorumpen en gritos inarticulados que no son todavía palabras, les oireis entonar cantos groseros, producir sonidos de igual duracion, es decir, formar un ritmo, y en seguida modular sus voces y hacer oir infantiles melodías. Pues bien, lo mismo sucede en el salvaje; sin ninguna leccion de los pueblos civilizados y por la sola inspiracion y necesidad de la naturaleza, baila, canta, mezcla el

canto en sus danzas, pretende trazar figuras regulares ya en la construccion de la cabaña que habita, ya en la forma de sus armas, ya en el corte de sus vestidos, ya en las líneas que dibuja ó incrusta en su piel. Los salvajes tienen iguales aspiraciones que los pueblos civilizados, si bien las pasiones groseras carecen entre ellos de freno, al paso que las desinteresadas, las que nos impulsan hácia las ciencias y las artes, están contrarestadas por las necesidades del cuerpo. La civilizacion en nada altera las inclinaciones de la especie humana y no es mas que el predominio de los afectos del espíritu sobre los de la materia.

En cuanto á los triunfos de los pueblos bárbaros contra los pueblos civilizados, podemos contestar que en las dos épocas en que la Grecia triunfó del Asia ya rechazando sus ataques, ya siendo á su vez agresora, la ventaja de las ciencias y de las bellas artes estaba de parte de los vencedores y no de los vencidos. Alejandro tiene por maestro á Aristóteles, representante de la enciclopedia de la atigüedad.

Juan Jacobo compara el siglo de Fabricio con el siglo de Augusto, en la famosa prosopopeya que ha quedado como uno de los modelos de nuestro idioma; pero compárese la grandeza romana en tiempo de Augusto á la del tiempo de Fabricio; en la primera época, Roma se encuentra aun encerrada dentro de estrechos límites y lucha contra cercanos vecinos; al paso que en tiempo de Augusto es reina del mundo conocido.

Rousseau representa á Sócrates como un hombre sencillo y sin estudio que hacia burla de la ciencia de los sofistas, siendo así que Sócrates habia recorrido todo el círculo de los estudios de su época, como se ve en *Phedon*, en la *Apología* y en las Memorias de Genofonte; léjos de proscribir las ciencias fundó la moral y la política enteramente nuevas, y las apoyó en el conocimiento del corazon humano; léjos de despreciar las artes enseñó á los artistas á imprimir en sus obras la belleza del alma, de la que es un símbolo la belleza del cuerpo, y la víspera de su muerte, entretuvo sus ócios poniendo en verso las fábulas de Esopo.

El filósofo ginebrino propone como un modelo digno en todo de ser imitado, á la república de Platon; pero el mismo Platon aprueba que haya en Creta y en Esparta juegos públicos, bajo la autoridad de los magistrados, recomienda en sus Leyes y en su *República* el cultivo de la inteligencia y prescribe la enseñan-

za de la música y de la gimnástica, entendiendo los Griegos con el nombre de *música* la enseñanza completa que se hallaba bajo la proteccion de las musas y que comprendia la aritmética, la geometría, la astronomía, la música propiamente dicha, la gramática, la retórica y la filosofía. Platon exige sí que en los cantos y bailes que se enseñen á la juventud, se suprima todo lo triste y lamentable, disponiendo que á las elegías llamadas *threnes*, se sustituyesen bendiciones á los dioses, plegarias invocando únicamente cosas buenas y razonables, alabanzas de los héroes que prestaran eminentes servicios á su patria, y si manda acompañar á Homero entre laureles hasta las fronteras de su República, no fué por ódio á la poesía, sino por respeto á la religion, en cuanto cree que el poeta habia faltado al respeto debido á los dioses, atribuyéndoles las pasiones humanas.

En Roma, el censor Caton, despues de arrancar al senado un decreto contra los filósofos y los retóricos griegos, dedicóse en su vejez á componer versos y á aprender el idioma y la literatura de los griegos.

Así pues, los argumentos de Juan Jacobo caen por su propio peso; no es exacto que el estado salvaje tenga virtudes desconocidas del estado civilizado; no es exacto que los pueblos ignorantes triunfen constantemente de los pueblos ilustrados, y finalmente lo es tambien el que las imponentes autoridades que invoca hayan sido favorables á la ignorancia y á la rudeza de costumbres.

§. 2. *Del teatro.*

A la cuestion de las ciencias y de las artes va unida la de los teatros y espectáculos públicos, condenados por el mismo escritor, el cual representándonos el teatro como una escuela del vicio, dice: «En la trajedia, Atreo, Catilina, Mahoma, todos los malvados triunfan; felicítanse de sus crímenes y sólo pueden inspirar á los espectadores el espanto de sus maldades ó el deseo de obtener iguales triunfos pasando por los mismos caminos. En *Horacio* se aplaude á un hermano que inmola á su hermana; en *Agamenon* á un padre que sacrifica á su hija; en *Orestes* á un hijo que mata á su madre. En cuanto á la comedia debe para agradar al público, alhagar las pasiones del momento, no corregirlas, pues si pretende censurar los vicios de la época, se ve escarnecida por los espectadores; el autor cómico hace burla de la bondad y sencillez de las costumbres; zahiere lijeras ridiculezes y deja pasar sin correctivo los verdaderos vicios; *dat veniam corvis, vexat censura columbas;* ríese de Jorge Dandin que ha ambicionado una alianza harto elevada y se olvida de infamar á la mujer adúltera: se burla de M. Jourdain que, simple tendero, quiere echarlas de caballero y hace que se aplauda la astucia del noble que roba al tendero. Mientras se pone en ridículo al *avaro*, se olvida que su hijo no le trata con filial respeto, y en el *Misántropo* se dirigen mil sarcasmos contra la virtud de Alcestes y se lisonjea la hipocresía de Filintas. La tragedia, lo mismo que la comedia, nos ofrece la apoteósis del amor, de modo que ambas corrompen: á ser de otro modo engendrarian el fastidio ó serian desoidas, y para predicar la moral, son al fin y al cabo preferibles los sermones. Finalmente dése una mirada á las personas que se consagran á las representaciones teatrales y véase á qué clase de costumbres les condena su profesion.»

Veamos si hay alguna exageracion en semejantes quejas y si nuestros antepasados fueron tan culpables como se supone al establecer los espectáculos: dejando aparte ciertas obras condenadas por todo el mundo y que jamás deberian aparecer en las tablas de un teatro, observamos que las obras dramáticas, ya trágicas ya cómicas, están fundadas en los principios del sentido moral, en los votos que formamos para la felicidad de los buenos y para la desgracia de los malos. Quítese este juicio del mérito y del demérito, y así la tragedia como la comedia, lo mismo del teatro antiguo que del moderno, quedará despojado de todas sus peripecias. En el *Prometheo* de Eschylo ¿cómo no sentirse sobrecogido de admiracion hácia la inteligencia y el valor, luchando contra la fuerza y la iniquidad? ¿Porqué se aplaude á Nicomedes al negarse á humillar su frente ante los señores del mundo á no ser por su laudable orgullo? En *las Suplicantes*, en *Cinna*, en *Horacio* el espectador se siente conmovido por el amor de la independencia y de la patria; la *Antigona* antigua y el *Cid* moderno nos dan el hermoso espectáculo de la piedad filial y del horror de la infamia; en *Athalia* y en *Poliuto* vemos el triunfo de la piedad; *Britannico*, *Bayaceto* y *Berenice* nos ofrecen, es cierto, una especie de apoteósis del amor; pero ¿de qué amor? del amor casto, de aquel amor del alma cuya superioridad sobre el amor sensual hemos

manifestado ya (1), cuando se enseña á un pueblo á no mirar la union de ambos sexos como un asunto mercantil, y á tener en cuenta el corazon y la persona, no se le dan lecciones que le corrompan y sí, como dice Rousseau, al salir de esta ó de la otra tragedia, se sueña con una Constanza ó una Cenia, creemos esto preferible á no ver en la mujer mas que la mujer, es decir, el objeto de un placer grosero, y á buscar en el matrimonio otra cosa que una sociedad de corazones y de inteligencias.

En cuanto á la comedia, Rousseau se ha fijado en ciertos detalles de poca importancia, no esenciales á la constitucion de la misma obra; pues lo que escita la risa son los vicios que provienen de nuestras inclinaciones egoistas. Como hemos dicho, el amor es natural en los primeros años, mas nada disgusta tanto como un anciano que aspira á la mano de una jóven; esta es la moralidad de la *Escuela de las mujeres* y de la *Escuela de los maridos;* al aparecer en el teatro la gula y la cobardía el público las infama con sus carjadas, y por esto Socio en el *Anfitrion,* Sganarello en *Don Juan,* y el enfermo de aprension son de los personajes que mas divierten á los espectadores. La repulsion que inspira la astucia y el disimulo naturales en ciertos hombres, fué causa del estraordinario éxito del *Embustero* de Corneille; el orgullo es humillado en *el Jactancioso;* la vanidad, el deseo de brillar en las cosas insignificantes es escarnecido en *las presumidas ridículas*, en *Pourceaugnac* y en *el plebeyo caballero*, y finalmente, el temor supersticioso que le hace doblegar su razon ante falsos semblantes é hipócritos visajes es la causa de la risa y propiedad que inspira en el *Tartuffe* (gazmoño, hipócrita) el personaje de Orgon. El teatro no podria sostenérse si no honrase á la virtud en la tragedia y si no rediculizase los vicios en las piezas cómicas.

No se crea sin embargo que pretendamos exagerar la importancia de semejante enseñanza, pues somos los primeros en reconocer que el teatro no precede á las costumbres de una época sino que por el contrario las sigue, y que seria muy dificil hacer aceptables al público ideas y sentimientos de que no participase; las bellas artes en general, ó sean la poesía, la elocuencia, la arquitectura, la estatuaria, la pintura ó el teatro, recogen las ideas

(1) Véanse las pág. 92--12.

mas difundidas, las hacen mas deslumbrantes, aumentan las emociones que han producido, mas no introducen la menor leccion nueva, leccion que debe manifestarse bajo una forma mas severa y mas didáctica. Las ideas nuevas nunca buscan á la multitud por primer asilo: empiezan por revelarse á un corto número de pensadores escogidos, y estos son luego los maestros de un círculo mas estenso; poco á poco la dilatacion crece, las ideas se propagan, y entonces es cuando las artes las adoptan y cuando tomándolas sobre sus alas las llevan de una parte á otra del globo. Véase sino él poderoso ausilio que prestaron á las nuevas ideas á fines del pasado siglo, y la fuerza con que las doctrinas de la igualdad civil y política fueron repetidas por los poetas y los oradores luego de propagadas por los escritos de los filósofos.

En cuanto á las costumbres de las personas que se consagran al arte teatral, no pretendemos atenuar el cargo que á las mismas se dirige; materia grave y delicada, en cuanto si fuese cierto, que no puede subsistir el teatro sin corromper á cierto número de nuestros semejantes, seria preciso renunciar á los espectáculos á pesar de la utilidad que pueden reportar: sin embargo nuestra opinion es que tal corrupcion no es inevitable no siendo tampoco el verdadero fundamento del descrédito que va unido á la profesion de cómico.

Lo primero que se presenta á nuestra consideracion es que se encuentran en las demás clases de la sociedad y especialmente entre los artistas y autores dramáticos, hombres cuya conducta no es mas regular que la de aquellos que pisan la escena, sin ser objeto del mismo desprecio: de modo que debemos concluir que la causa del mismo debe ser otra y la hallaremos en una mancha original. Como indudablemente es un penoso servicio el dar en el espectáculo toda su persona á los placeres agenos, esta profesion fué con frecuencia desempeñada por hombres salidos de las últimas filas de la sociedad, debiendo tenerse en cuenta que no hablamos aquí ni del teatro de Atenas ni del de la edad media, en que siendo el espectáculo parte del culto y el teatro otro templo, aparecian en él sucesivamente todos los ciudadanos; nos referimos al tiempo en que el teatro era una simple diversion, como entre los romanos y entre los modernos. En Roma solo los esclavos ejercian la profesion de la escena; y entre nosotros al convertirse el teatro en una distraccion profana, las últimas cla-

ses del pueblo han proporcionado los intérpretes de las obras teatrales, resultando de aquí un conjunto de ideas contrarias á la consideracion del autor.

Existe una inmensa diferencia entre el estatuario, el pintor, el músico, el mismo autor dramático y el cómico; el estatuario espone su obra, pero su persona nada tiene que ver con ella, lo mismo sucede con el pintor; su obra y él son dos cosas distintas, la independencia de su persona no está comprometida en lo mas mínimo, al paso que el actor se halla sometido á una servidumbre personal, que se entrega enteramente, que se le exige cuenta de todas las partes de su cuerpo; el cómico no puede reservarse nada para sí, no puede disponer de sus piés ni de sus manos, todo él pertenece al público. El pintor, el estatuario, el autor dramático andan como quieren, adoptan la posicion que mas les acomoda, su persona es desconocida; la del actor no es suya, está espuesta á la crítica y á los silbidos de la multitud, y esta es la causa de su inferior condicion y de que se reclute en las últimas clases de la sociedad, orígen oscuro que aumenta todavía el descrédito de su profesion.

Se ha supuesto que el semblante trágico ó cómico que toma cada noche el actor era contrario á la dignidad del hombre, que le apartaba de su estado natural, y que esta máscara humillaba al comediante; pero ¿acaso no existe en otra profesion reconocida generalmente por gloriosa, en la del abogado, un semblante y una ficcion aun mas culpable? El abogado que defiende una mala causa de que no está convencido, finge de un modo mucho mas odioso por la razon que el actor de su ficcion por lo que es, es decir, por la representacion de esta ó de la otra pasion, de esta ó de la otra virtud que no se atribuye, pero que espresa bajo el punto de vista artístico, teniendo el talento de prestarle una espresion ideal, mas pura y verdadera que la vulgar, al paso que el abogado une á su ficcion la hipocresía, y si viene sosteniendo que jamás le ha sucedido semejante cosa, que siempre ha levantado su voz de buena fé, será esta otra ficcion cuya responsabilidad caerá sobre él.

Así pues no es la ficcion lo que desacredita al actor; y no puede imputársele como un vicio, así como nadie ha pensado hacer un cargo por la rima al poeta y por el compás al músico; lo que le degrada es la sujecion de su persona, y solo la grandeza de su

talento y la severidad de sus costumbres pueden levantarle de su postracion; hasta ahora se ha encontrado encerrado dentro de un círculo terrible; porque se veia despreciado, se ha abandonado, y por haberse abandonado, ha sido mas despreciado aun; sin embargo emprenda con fé el estudio de su arte, dé entrada en su corazon á las virtudes de la familia, que mas de una vez han brillado entre las personas de teatro, y reclutando sus iguales en una clase mas elevada de la sociedad, lavará su mancha original, la de la clase servil que en un principio le dió orígen.

Reasumamos: las ciencias y las bellas artes son resultado del desenvolvimiento del espíritu; están en la naturaleza puesto que en la vida salvaje se encuentran rudimentos de las mismas, y léjos de ser una corrupcion aquella naturaleza, forman por el contrario su parte mas pura y elevada; el teatro existia ya entre los bárbaros, quienes tenian sus espectáculos populares y sus juegos escénicos, constituyendo en la antigüedad y aun en la edad media parte del culto tributado á la divinidad. El teatro reune todas las bellas artes: la arquitectura, la pintura, la poesía, la música y el baile; ejerce una poderosísima influencia en la multitud, y á pesar de cuanto en contrario se ha dicho, todo el interés del drama se funda en la conciencia moral y en el juicio del mérito y del desmérito; puede sí, incurrir en escesos dignos de censura, y por esto no debe ser abandonado jamás al capricho de los simples ciudadanos, sino estar bajo la severa autoridad del Estado. La vigilancia sobre el teatro no deben ejercerla los delegados oscuros y sin crédito personal de la policía, sino los magistrados de los mas altos tribunales de justicia ó una comision de la asamblea política, bajo cuya suprema direccion, puede convertirse en una grande escuela de gente literaria y de costumbres privadas y públicas; léjos de pensar en suprimirlo, débense escogitar los medios de que se sienten en sus bancos las clases mas desvalidas, pues estas son seguramente las que mas necesitan del cultivo del espíritu y de la enseñanza de las virtudes así domésticas como patrióticas.